

La educación afectiva y sexual en la adolescencia: paso de la etapa infantil al don de sí

Ana Cantera Ruiz

1. Introducción
2. Desarrollo madurativo y el desafío de la identidad
3. Genealogía de la crisis cultural: el pansexualismo
4. Crisis de la relación educativa y sus consecuencias
5. Conclusión y propuesta de integración



1. INTRODUCCIÓN

A lo largo de la existencia, atravesamos diferentes etapas cronológicas donde cada una se construye sobre los cimientos de la anterior. Tradicionalmente, la adolescencia ha sido comprendida como ese punto de inflexión crucial, un tránsito breve pero intenso que marca la frontera entre la infancia y la vida adulta. Sin embargo, en nuestra sociedad contemporánea, asistimos a una profunda metamorfosis de este fenómeno. La adolescencia ha dejado de ser un mero puente de paso para convertirse en una realidad social autónoma, un estado de vida en el que muchos individuos buscan instalarse de forma indefinida.

El objetivo de esta exposición es analizar de manera profunda las características de esta crisis vital y del contexto cultural que la rodea. La maduración humana no ocurre jamás por generación espontánea; requiere de una alianza y de una relación educativa auténtica que rescate el valor del corazón inteligente y la pedagogía del amor para guiar al adolescente desde la autorreferencia infantil hacia la madurez del don de sí.

2. DESARROLLO MADURATIVO Y EL DESAFÍO DE LA IDENTIDAD

Para comprender el freno en el paso a la madurez, es necesario desgranar la evolución

del desarrollo madurativo. Paradójicamente, mientras que los progresos económicos y de mercado desde el siglo XVIII han provocado un adelanto biológico en la aparición de la pubertad fisiológica, los cambios sociales

han retrasado drásticamente la maduración psíquica. En las sociedades preindustriales, la maduración puberal y la asunción de responsabilidades adultas —como la incorporación al trabajo o la fundación de una familia— eran casi simultáneas. Hoy, la economía de mercado y las altas exigencias de capacitación obligan a extender los periodos académicos y retrasar el acceso al empleo, privando al joven durante años de un lugar real y activo en la sociedad.

Es en este escenario de vulnerabilidad prolongada donde estallan las tareas psíquicas de esta edad ambigua. Apoyándonos en la antropología de Romano Guardini en su obra *Las etapas de la vida*, descubrimos que la adolescencia se inaugura con una crisis interna desatada por la irrupción de dos impulsos básicos: la autoafirmación individual y el instinto sexual.

En la infancia, la autoafirmación se vivía de manera ingenua e instintiva. En el adolescente, muta hacia un despertar nítido de la conciencia: el yo se descubre como alguien radicalmente distinto a quienes le rodean. De este impulso nace su constante rebelión, su oposición a la autoridad familiar y su desconfianza hacia el discurso del adulto. Por su parte, el instinto sexual, que en la niñez tenía un carácter difuso, autoerótico y meramente lúdico, emerge ahora con una fuerza fisiológica arrolladora. Al no estar todavía integrado en la totalidad de la persona, este nuevo deseo genera una honda inseguridad, empujando al joven a replegarse en una intimidad ambigua y, con frecuencia, desvinculada del entorno real.

Ambos impulsos convergen de manera inevitable en la gran pregunta existencial: el descubrimiento de la propia identidad. La identidad se compone de una dimensión estática —aquello que nos es irremediabilmente dado, como el nombre, el

temperamento, la familia o el sexo— y de una dimensión dinámica orientada al futuro a través de un proyecto de vida.

En la conquista de su autonomía, el adolescente pasa por un periodo de extrema fragilidad donde depende drásticamente del juicio de los demás. Para romper con las identificaciones infantiles de sus padres, recurre a la rebelión y adopta de manera transitoria máscaras estandarizadas: peinados, vestimentas y jergas dictadas por su grupo de iguales o por los medios de comunicación. Estas conductas, lejos de ser anomalías, son mecanismos normales de defensa frente al vacío y la incompreensión que experimenta al desgajarse del amparo infantil.

Dentro de esta configuración identitaria, la dimensión corporal y sexual juega un papel constitutivo indudable. El cuerpo no es un objeto que se posee, sino la fuente misma de nuestras vivencias y la manifestación de lo que somos. Hay una gran profundidad en la diferencia sexual, estructurada a nivel genético, gonádica, cerebral y somática. Esta dualidad entre masculinidad y feminidad representa dos modalidades esenciales de la existencia que se reclaman mutuamente en una reciprocidad trascendental. La intimidad femenina, caracterizada por la capacidad de acoger, encuentra su contrapeso en la iniciativa masculina orientada hacia la acción exterior. Es precisamente en la confrontación con el otro sexo, en la alteridad del tú, donde el yo adolescente puede descifrar, por fin, la verdad de su propia singularidad.

3. GENEALOGÍA DE LA CRISIS CULTURAL: EL PANSEXUALISMO

Sin embargo, el adolescente no realiza este proceso madurativo en el vacío, sino en el seno de un entramado cultural profundamente herido del «pansexualismo» que despoja a la sexualidad de su significado

y priva al adolescente de un referente fundamental. Para comprender cómo hemos llegado a la omnipresencia actual de esta corriente, es preciso realizar una genealogía histórica de las ideas que han configurado la mentalidad contemporánea.

El eslabón inicial de esta cadena se encuentra en la secularización de la sexualidad, detonada históricamente por la teología de Martín Lutero. Al negar el valor sacramental del matrimonio y desligar la sexualidad de la experiencia religiosa, se despojó al amor humano de su misterio y de su contenido trascendente. La sexualidad dejó de percibirse como una dimensión del ser para ser tratada como algo que se tiene y se usa, dando origen al «sujeto secular» e individual.

Posteriormente, las guerras de religión del siglo dieciséis forzaron una estricta separación entre el ámbito público — regulado por acuerdos utilitarios— y el ámbito privado, donde quedaron confinadas la fe y la conducta sexual. Nació así el «sujeto utilitario», que evalúa las acciones exclusivamente en función de sus resultados pragmáticos.

A este aislamiento le sucedió la consolidación de la moral puritana en corrientes calvinistas y jansenistas. Al considerar el deseo humano como intrínsecamente corrompido e imposible de sanar desde el corazón, la moralidad se polarizó de manera obsesiva en el cumplimiento legalista del deber y la censura de las conductas exteriores. Como una reacción violenta e inevitable a este racionalismo asfixiante, irrumpió el Romanticismo. El Romanticismo elevó el sentimiento a la categoría de absoluto irrenunciable, pero lo despojó de toda racionalidad. El amor se convirtió en una pasión ciega y efímera valorada solo por su intensidad, transformando al tiempo y al

compromiso institucional en los peores enemigos del afecto.

Ya en el siglo veinte, el desplome definitivo del puritanismo no se tradujo en una recuperación del sentido profundo de la sexualidad, sino en una liberación caótica guiada por la espontaneidad arbitraria. El psicoanálisis de Sigmund Freud jugó un papel decisivo al denunciar la neurosis de la represión social, pero cometió el reduccionismo de explicar toda la dinámica psíquica humana a través de la pulsión sexual inconsciente, clausurando toda apertura al valor simbólico del eros.

Esta línea histórica culminó con la revolución sexual y cultural de mayo del 68, que proclamó el individualismo absoluto, el «amor libre» y la destrucción programática de los vínculos familiares estables en favor de la promiscuidad.

Hoy en día, esta corriente se ha institucionalizado a través de la ideología de género. Esta doctrina representa la desconexión total entre la biología corpórea y la identidad personal, argumentando que el sexo no es un dato de la naturaleza recibido desde la concepción, sino una construcción cultural flotante sujeta a la libre elección del deseo dinámico. **Al interpretar el deseo cambiante como la fuente de la identidad, se multiplican las modalidades de núcleos afectivos, vaciando de significado la diferencia sexual y sumiendo la institución familiar en una absoluta ambigüedad terminológica.**

4. CRISIS DE LA RELACIÓN EDUCATIVA Y SUS CONSECUENCIAS

Esta deriva cultural ha impactado de lleno en la línea de flotación de la pedagogía, alterando por completo la interpretación de la relación educativa. **Educación, en su etimología**

más noble, significa «hacer salir», propiciar un segundo nacimiento que guíe la libertad del educando hacia la plenitud de la verdad y el bien. Para los antiguos clásicos, la sabiduría era una unidad indisoluble donde las dimensiones contemplativa, práctica y técnica se unían para enseñar al hombre el arte de vivir bien conforme al logos.

Sin embargo, la Modernidad fragmentó el saber, entronizando la cultura científica y utilitarista orientada a la producción técnica y al éxito funcional, y descartando el horizonte del bien de la persona. El maestro dejó de ser un testigo de la sabiduría para convertirse en un mero técnico de la información encargado de transmitir destrezas operativas.

A esta tecnificación se sumó el naturalismo pedagógico de Jean-Jacques Rousseau, cuya influencia sigue vigente. Esta corriente postula que la naturaleza infantil es perfectamente buena de forma espontánea y que, por tanto, el educador debe ser un mero espectador pasivo que no interfiera ni oprima los deseos del menor. Al renunciar a la guía de la libertad, a la obediencia y a la exigencia, la relación educativa fue trágicamente sustituida por el imperio de la «simpatía» y la complacencia amigable. Los padres contemporáneos, atenazados por el miedo a ejercer la autoridad, desertan de su función mediadora con la realidad real y buscan la aprobación constante de sus hijos, creando hogares altamente afectivos pero profundamente deseducativos.

Las consecuencias de este vacío en la configuración psicológica y social del adolescente actual son verdaderamente alarmantes. En primer lugar, asistimos a lo que el teólogo Livio Melina describe con lucidez como el «analfabetismo afectivo». Al suprimirse el valor cognoscitivo de las pasiones y divorciar la afectividad de la inteligencia, los jóvenes se han vuelto

incapaces de leer, interpretar y dar un sentido estructurado a su propio mundo interior. Carecen de la gramática y el vocabulario necesarios para canalizar lo que sienten, lo que provoca que sus emociones permanezcan silenciadas o estallen de forma incontrolada y violenta.

Al mismo tiempo, la sobreprotección y el fomento sistemático de los mecanismos narcisistas —donde el menor es la medida absoluta de todas las cosas— impiden el desarrollo de la sublimación, una tarea psíquica vital para dar consistencia y vigor al yo frente a las frustraciones de la realidad exterior.

Esta fragilidad se ve agravada por un empobrecimiento radical del lenguaje. Sustentados en una inteligencia predominantemente psicosensorial, visual y dependiente de las pantallas tecnológicas, los adolescentes pierden la capacidad de abstracción y conceptualización racional. Su lenguaje ya no se utiliza para construir pensamientos o argumentar la verdad, sino únicamente para manifestar estados anímicos inmediatos, tendiendo peligrosamente hacia la afasia.

Socialmente, el panorama se traduce en un individualismo estéril alimentado por la tecnología virtual. Inmersos durante horas en entornos digitales, los jóvenes experimentan una ilusión de conectividad comunitaria mientras permanecen en una profunda y radical soledad física. Se debilita el juego real, desaparece la confrontación interpersonal directa y se cancela el cultivo de la interioridad y la reflexión. Los demás dejan de ser personas reales para convertirse en meras proyecciones imaginarias de sus propios deseos narcisistas.

En este desierto educativo, la instrucción sexual que ofrece la escuela oficial se alinea

sumisamente con la mentalidad pansexualista dominante. Se reduce a una fría capacitación técnica e higienista orientada a obtener el máximo placer genital posible disminuyendo los riesgos biológicos concomitantes, como las infecciones de transmisión sexual o los embarazos no planeados, todo ello aderezado con los dogmas de la ideología de género. Se hurta por completo al joven el significado antropológico del amor, la belleza de la fidelidad y la trascendencia de la alteridad corpórea.

5. CONCLUSIÓN Y PROPUESTA DE INTEGRACIÓN

Ante este diagnóstico de fragmentación interior, soledad digital y disgregación de los vínculos más sagrados del ser humano, la teología y la antropología cristiana no pueden responder ni con un moralismo sofocante que se limite a la denuncia estéril, ni con un laxismo complaciente que abandone a la juventud a la deriva de sus pulsiones. **Es urgente proponer un itinerario educativo que devuelva la esperanza y muestre la belleza originaria de la vocación al amor.**

La curación de la herida contemporánea pasa, necesariamente, por restaurar la unidad de la persona a través del corazón como centro integrador de la existencia. **El corazón no es el asiento de un sentimentalismo irracional, sino el núcleo inteligente capaz de unificar la totalidad corpóreo-espiritual del ser humano.** Debemos recordar que la experiencia verdaderamente originaria del hombre desde su concepción no es la libertad de elección absoluta, sino el amor. El niño que nace no sobrevive por el mero aporte calórico de los alimentos; sobrevive y despierta a la racionalidad porque es acogido en el abrazo, la sonrisa y el amor gratuito de sus padres. Es el amor recibido el que funda la confianza en la realidad exterior y desvela el valor del propio yo.

Por lo tanto, la atracción sexual —el eros que irrumpe con vehemencia en la adolescencia— no debe ser interpretada como un peligro biológico que hay que castrar, ni como un juguete de consumo placentero. **El deseo erótico promete algo infinitamente mayor que la simple satisfacción de una necesidad fisiológica: promete al corazón el gozo sublime de la comunión personal con otro ser humano.** Cuando la sexualidad se divorcia del amor y se vuelca hacia la autogratificación egoísta, produce una insatisfacción crónica y una profunda decepción interior. En cambio, **cuando el amor ilumina la experiencia sexual, el impulso se carga de un valor simbólico trascendental. La entrega del cuerpo se convierte en el lenguaje sagrado y visible que expresa la entrega total y definitiva del corazón.**

Para guiar al adolescente en este turbulento pero bellissimo camino hacia la madurez, **es imprescindible una pedagogía basada en las virtudes, de manera muy especial en la virtud de la castidad, articulada a través del pudor y de la honestidad.** El pudor no es vergüenza hacia el cuerpo, sino la custodia celosa de la propia intimidad para evitar que lo sagrado sea tratado como un mero objeto de consumo utilitario. La honestidad es la afirmación de la trascendencia del ser que alinea las acciones con el bien verdadero.

Esta educación de la libertad solo puede florecer en el seno de minorías creativas y de alianzas educativas auténticas donde el adulto recupere su verdadera autoridad: **aquella que no aplasta ni coarta al joven, sino que actúa como generadora de la verdad, iluminando su camino y exigiéndole con amor la responsabilidad de sus actos.** Solo al experimentar la belleza de pertenecer a un hogar educativo y de aceptar el don de la alteridad, el adolescente podrá abandonar el

narcisismo de la infancia, unificar su vida fragmentada y alcanzar la verdadera mayoría de edad ética. Así, capacitado para el don de sí en la esponsalidad y el compromiso en el tiempo, se convertirá en un sujeto cristiano, adulto maduro, libre y fecundo, capaz de ser fermento vivo de una nueva humanidad.
